

FELICITACIÓN

Al empezar la segunda etapa de PLUMAS NOVELES, no puedo por menos de felicitar a los que un día tuvieron la idea bella de crear un Ateneo, y como órgano del mismo crear un periódico para cultivar la literatura y al mismo tiempo ejercitarse en el arte periodístico. Es un rasgo que demuestra que el espíritu de la juventud está elaborando muy paulatinamente, hasta que al fin y a la postre se eleve a tal altura, que sea digno del aplauso unánime, por realizar actos tan sublimes como los que han realizado los estudiantes de Cuenca durante el curso.

¡Ahí es nada! ¡Fundar un Ateneo! ¡Crear un periódico!

¡Como si fuera tan fácil encauzar tantas y tantas opiniones—porque es lo más general que cada estudiante tenga una opinión distinta a los demás—y allanar las infinitas complicaciones que se presentan!

Es de alabar el trabajo impropio realizado por los iniciadores de tales ideas, como asimismo a los que han coadyuvado para darle mayor esplendor a empresa tan altruista.

Lo que es de esperar, que no desmayen y sigan el camino empezado, en el cual han de encontrar muchísimas dificultades, y tengan ánimo suficiente para contrarrestarlas, y al fin serán dignos de ostentar laureles por haber realizado actos de verdadera cultura.

L. GANTITO.

RÁPIDA

La guerra

¡La guerra! Con sólo su nombre se crispan los nervios, se exalta el ánimo y el hombre, en ella y por ella, comete los mayores atropellos.

¿Qué es la guerra? Pues no es más que una gran locura; no es sino la ambición desmedida que lleva a los hombres hacia la consecución de un palmo de terreno;

no es sino la que después de imperar en el alma de un pueblo, le deja sumido en la miseria y la pobreza; no es, en fin, sino la que hace llorar y proporciona días de tristeza, de desesperación, de luto.

Si, cuán triste no es el aspecto de una casa cuando el padre, el hijo o el hermano la deja, para acudir presuroso en cumplimiento de los ineludibles deberes que su Patria le impone.

Hará ciertamente un año que visitando yo a una familia de París, tuve ocasión de asistir a una triste escena ocasionada por la guerra.

La familia, en otro tiempo, de regia estirpe y actualmente humilde y oscurecida, componíase de un matrimonio con un hijo que, a la sazón, contaba veinticinco años y era el sostén de sus ya ancianos padres.

Las necesidades de la guerra reclamaron a Rafael—que este era el nombre del hijo—dejando sin su bienhechora protección a sus progenitores.

Triste fué, en verdad, el día de su partida. La madre, lacerado su corazón por el dolor que sentía en aquellos críticos momentos, decía a su hijo con los ojos arrasados en lágrimas: ¡Adiós hijo mío, adiós! Acuérdate de tu madre... sabe que estaré sufriendo hasta que vuelvas... y sin poder proferir una sola palabra más, por la intensa emoción que embargaba todo su ser, dióle un ósculo en la frente y retiróse llorando.

Momentos más tarde, después de haber hecho los preparativos para el viaje, vió a su padre; no, al parecer, con tanta pena como la madre; aunque, en realidad, hacía esfuerzos sobrehumanos y su condición de hombre de carácter le permitían contenerse.

Padre e hijo caminaban a la estación, ambos silenciosos y marcadas en sus rostros las huellas de un interior sufrimiento.

Llegaron a la estación. El andén hallábase abarrotado de personas esperando la partida del convoy; no hizo esperar mucho esta, pues la campanilla anunció su próxima salida.

Los viajeros corrían presurosos a ocupar sus departamentos mientras que Rafael, abrazado a su padre, contemplaba todo aquello con ensimismamiento incomprensible.

Cruzaban su mente las más aterradoras ideas: ¡Quién sabe, se decía, si no volveré a ver a mi padre! Más de pronto, vino a sacarle de sus pensamientos la marcha del tren que, poco a poco, ya iniciaba.

Instantes fueron aquellos de ansiedad y de emoción pues el hijo, que seguía toda-

via fuertemente abrazado a su padre, escuchaba de este las palabras que, casi imperceptible e incoherentemente, salían de su garganta diciéndola seguido: ¡Adiós hijo mío, adiós quizás para siempre... adiós! Rafael, por su parte, con la emoción pintada en el rostro y con los ojos clavados en los de su padre, caía desplomado sobre el asiento al mismo tiempo que el tren, rauda y veloz carrera, partía definitivamente.

A partir de aquel día todo han sido en la casa tristezas e infortunios. La madre, gravemente enferma, no piensa en otra cosa que no sea el hijo adorado; que era para ella su ilusión, su constante anhelo, su vida. El padre ausia la soledad para dedicarse a profundas meditaciones, para pensar en Rafael que era el que les llevaba el pan y que con su ausencia sólo el hambre les espera.

Si días son esos tristes, días de esperanza, días de desesperación, días tan sólo comprensibles para el corazón de una madre que, con fe ciega, idolatra al hijo de sus entrañas.

Hace un mes llegaba a la casa un parte oficial en que se les comunicaba, a los ancianos padres, que en uno de los últimos combates había muerto Rafael cual un héroe.

Decidme, ¿qué será ahora de estos padres, cuando el único que ganaba para la vida, ha muerto en la hecatombe?

En medio de tanta desgracia una esperanza les queda: que la caridad se compadezca de ellos y les dé albergue en un hospicio para allí, con el recuerdo fijo siempre en el hijo que tan inhumanamente perdieron, exalar el último alito de vida.

¡Oh, cuantos casos ocurrirán como el presente!

Yo creo, que las futuras generaciones sabrán solventar sus asuntos nacionales por medios mucho más licitos y que sólo harán uso de la guerra, cuando vean escarnecido o injuriado el sacrosanto emblema de la Patria.

CRUZ M. ESPADA.

CUENTO

Adán y Eva en miniatura

Tú... sí, tú has tenido la culpa. Si no me hubieses dicho donde estaba, yo no la hubiese alcanzado. Sí, pero yo te lo dije, para que la vieras, pero no para alcanzarla.

Este diálogo era sostenido por una niña